



El tren y los viajeros

AZNAR suele repetir, con ocasión y sin ella, que «España va bien». La muletilla ha dado origen a cientos de chistes, nuevos o reciclados, y ha servido también para caricaturizar al presidente en **Los teleñecos** de Canal Plus, serie comercializada con notorio éxito, lo que demuestra la fortuna social de la frase. El conjunto de chistes y chirigotas nacidos de esta tópica reiteración aznarista constituye, por sí solo, un juicio global certero y una serie de reservas, acotaciones y matices sobre la marcha de España. No nos sería difícil actuar como meros recopiladores y ensartar, una a continuación de otra, decenas de expresiones nacidas de la monotonía de la muletilla y fecundadas por el ingenio español que le da cada vez acentos diferentes: **España va bien / según a quién; va más bien, pero menos España; Si España va bien, Cataluña va bien / si Cataluña va bien, España va bien; España va bien / Y Pujol también; España va bien / ¿Sin Aznar también?** No estamos seguros de que un comentario más dilatado y más serio consiga mejores resultados. Vamos no obstante a intentarlo, sirviéndonos para ello de la metáfora del tren y los viajeros.

El tren ESPAÑA va bien

*ESPAÑA, analizadas sólo las magnitudes macroeconómicas, se asemeja a un tren de alta velocidad. Los raíles han sido reforzados con una gran dosis de racionalidad económica: ya no tienen tantas curvas como en el pasado cuando las empresas públicas los obligaban a pasar por donde se perdía dinero; los vagones, al haberse privatizado o estar en proceso de privatización las grandes empresas, ya no llevan tanto peso muerto. El tren ha modernizado su locomotora mediante ajustes de plantillas, incremento de la productividad y renuncia a aquellas actividades en las que competir con el más barato producto exterior llevaba a la subvención o a la ruina. El gobierno del PP ha seguido las mismas líneas en casi todo este proceso que su antecesor; pero, además, ha tenido éxito en otros frentes en los que había fracasado, al menos relativamente, el partido socialista: la **contención del gasto público** y el **control de la inflación**. De estos éxitos básicos se han derivado otros que eran imprescindibles para que se nos abrieran a tiempo las puertas del Euro: el **control del déficit público y de la deuda**.*

*Otros efectos, menos requeridos por Europa pero también imprescindibles, justifican plenamente la apreciación global de que **España va bien: ha aflorado parte de la economía sumergida** hasta conseguir que el número de cotizantes a la Seguridad Social haya alcanzado la cota más alta de toda nuestra historia; se ha relanzado el consumo de forma espectacular (más de 8% de incremento en el último trimestre del 97 y más del 20% en las llamadas «rebajas de enero»); las cotas de ahorro, a pesar de la activación del consumo, son muy elevadas (las reservas de divisas del Banco de España se aproximan a los once billones de pesetas, el volumen de dinero «asegurado» en fondos de pensiones supera los 27 billones); los beneficios empresariales han crecido por encima de la media de los últimos años y, a pesar de la*

rebaja de los tipos, la afluencia de empresas y capital extranjero sigue a buen ritmo, atraídos por las oportunidades concretas, opacas o transparentes, y por una bolsa que ha producido durante 1997 ganancias extraordinarias (el índice ha superado los 638 puntos y el volumen de contratación media se ha duplicado). Todo ello se ha traducido en un crecimiento del PIB superior a lo esperado (del orden del 3% y hasta del 4% en algunos territorios como el País Vasco).

MUCHOS de estos efectos económicos brillantes se deben a la ola de prosperidad que invade todas las economías occidentales, e incluso se explican parcialmente por las quiebras técnicas de economías tan turbadoras para Europa como las de Corea, Indonesia y Tailandia. Los críticos a ultranza del gobierno y, por supuesto, la oposición política, tienden a negar todo mérito a la gestión del PP, lo que es manifiestamente injusto. El gobierno de Aznar se ha beneficiado sin duda de una época de vacas gordas, pero ha sabido regar los campos y preparar los silos. Mérito suyo es el haber tenido el coraje de hacer unos presupuestos extremadamente austeros para 1997 (incluida la congelación del sueldo de los funcionarios) y el haber seguido controlando férreamente el gasto.

Al gobierno se le acusa también de haber utilizado las copiosas cantidades obtenidas de las privatizaciones como mecanismo para compensar el déficit y para reducir la deuda, lo que sería «pan para hoy y hambre para mañana». Ignoramos qué grado de maquillaje contable (seguramente no pequeño) se puede amañar en un país como España en el que se superponen diversas administraciones, pero parece claro que no es posible engañar a Europa en la cuestión del déficit, porque las normas comunitarias son estrictas y excluyen expresamente aplicar los fondos de las privatizaciones para enjugar los déficits públicos. Sin duda, sí se han aplicado y se aplican estos fondos a la reducción o pago

anticipado de la deuda pública, lo que está permitido por Europa y, además, aligera la carga financiera del Estado, contribuyendo así positivamente a mejorar las perspectivas económicas.

Si bien en el terreno económico los logros son incontestables, no sucede lo mismo en otros terrenos: las políticas sociales no se han desarrollado del mismo modo, e incluso se advierten retrocesos en aspectos como comedores escolares, promoción de los movimientos ciudadanos y política cultural y científica. En todos estos aspectos, para algunos españoles España no va bien. Por otra parte, queda una enorme sombra sobre el modelo final de Estado: la búsqueda de la cohesión de España es errática y ambigua, no sabiendo bien los españoles si estamos asistiendo al proceso de integración definitiva de los nacionalismos periféricos en el gobierno de España o a un proceso de oscurecimiento progresivo de la misma idea de España. Es precisamente esta ambigüedad de la política de alianzas cordialmente distantes la que fundamenta la acusación de que el PP se ha alejado demasiado de su propuesta electoral y la afirmación en algunos sectores de que «España va mejor, pero es cada vez menos España». Ahora bien: estas cuestiones internas, aunque importan mucho, no son por ahora evaluadas por Bruselas. Queda, pues, claro, que el tren de España va bien, mucho mejor de lo esperado y que, al llegar a la aduana europea en el próximo abril, se le levantará sin ningún obstáculo la barrera.

Viajeros de primera, de segunda y de tercera

DENTRO de ese tren que nos lleva definitivamente a la cerca de prosperidad que es Europa viajamos muchas personas, en clase diferente, con distinto equipaje y con dispares esperanzas.

* *Viaja en clase preferente una **clase política** que encuentra en Europa nuevos espacios burocráticos para reproducirse y multiplicarse. Se presenta además como triunfadora de un reto y se dispone a recibir su premio.*

*Para ellos, sin duda, **España va bien**. Los políticos nacionalistas viajan también, esperando, con cierto lógico escepticismo, que finalmente una «Europa de los pueblos» les exima de definirse expresamente como incluidos en España. Quizá en ello legitiman su contribución a que España vaya bien. Acompañan a los políticos unos cuantos **empresarios** y **banqueros** que han sabido modernizarse o que se han asociado con empresas comunitarias para sobrevivir en los amplios y turbulentos marcos supranacionales. Los sectores de la comunicación, con pingües expectativas de futuro, son, probablemente, los mejor situados y, por ende, los más optimistas.*

También lo son los especuladores, a los que favorecen siempre los grandes cambios económicos, porque sitúan sus intereses de forma estratégica en todos los frentes ganadores.

* *Viajamos en segunda clase —confortablemente pero menos— la mayoría de los españoles (dos tercios de clases medias), que sabemos que entrar en Europa es, además de inevitable, el mal menor. La política del PP no es admirable, pero se está demostrando más beneficiosa o al menos inocua. No esperamos cambios demasiado espectaculares en nuestras vidas, pero nos reconforta comprobar que la cultura del pelotazo terminó ya, venturosamente, y ha sido sustituida por otra que, con excepciones, procura más la inversión productiva que la meramente especulativa. Somos **optimistas-escépticos** respecto al futuro europeo, es decir, sabemos que la ampliación de la UE no se hará esperar y que los fondos dedicados a los nuevos miembros debilitarán todos los mecanismos de cohesión actuales. Quizá por todo ese cúmulo de razones, ninguna de ellas brillante pero tranquilizadoras en su conjunto, el PP está creciendo en*

la intención de voto, aunque no entusiasme. Nos sentimos llegando ya, seguros, pero menos lejos de adonde íbamos, tanto en Europa como en los proyectos de cohesión nacional.

* Un importante grupo ha sido echado por los revisores de sus asientos y viajan, como en los antiguos tranvías, en las plataformas, aferrados a las puertas para no caerse. Son los **mineros** de Asturias y León, cuyos compromisos con el gobierno quedan en papel mojado, porque Europa no permite ni subvenciones ni «dumping» en sectores no rentables. Las cuencas mineras se hallan en la última efervescencia. Aunque mueran en Europa, su muerte ni siquiera podrá ser tan dulce como estaba anunciada. Son viajeros de plataforma también los **agricultores**, que ven amenazada la supervivencia de la PAC porque la política de igualación de sus rentas con las de la industria ha tocado fondo y se está agotando en la ineficiencia (decrecen las subvenciones, se limitan los abandonos, etc.). Les acompañan en la intemperie los más de dos millones de **parados**, a los que se les adelgaza en cuantía y tiempo la percepción por desempleo, y una legión de **jóvenes desilusionados** ante la carencia de expectativas, puesto que constatan a diario que la prosperidad económica no va acompañada de una equivalente creación de empleo. Ellos perciben lúcidamente que la Europa a la que vamos nace ya vieja, por estar pensada para una sociedad que no es posible mantener. En la misma plataforma son llevados los pequeños comerciantes, artesanos e industriales, sabedores o ignorantes de que van a su extinción, en beneficio de las grandes superficies y multinacionales que explotan la mano de obra de los países pobres e imponen sus leyes en los ricos.

COMO vemos, esta España que va en el lujoso tren de nuestra macroeconomía es diversa en fortuna y, por tanto, afirmación y negación, a un tiempo, del «España va bien».

Los que ven pasar el tren

FINALMENTE, hay un número muy importante de personas que ni siquiera se ha montado en el tren, porque es dramáticamente excluida del concepto funcional de España: los emigrantes **africanos** que no han obtenido ni van a obtener permiso de residencia; los **latinoamericanos** de los que nos gusta que llamen a España «la madre patria», pero a los que negamos la residencia o la nacionalidad, excepto si son futbolistas o asimilados, y a los que ponemos toda suerte de trabas y hacemos víctimas de prejuicios injustos; los ya no tan minoritarios **europeos del Este**, que malviven entre nosotros; gran parte de la **comunidad gitana** a la que sorprende el tren de Europa sin haber completado ni siquiera su integración registral en España; y Dios sabe cuántos, al otro lado del estrecho, siguen esperando una patera y que saben que, cuanto más se integre España en Europa, más se eleva el muro que en Gibraltar les impide entrar en ella. Todos ellos desearían montarse en el mismo tren en el que estamos embarcados los demás, pero se les niega este legítimo deseo y ven pasar, definitivamente, el tren de su esperanza. Tenemos que agradecerles que no nos apedreen al pasar.